

El fraude

Por: Celia Polledo.

Cada vez es más frecuente la referencia en nuestros medios de difusión a un hecho que guarda estrecha relación con la pérdida de valores, me refiero al fraude. Muchos creen que esta palabra solo tiene relación con la acción, por parte de algunos alumnos de la apropiación de conocimientos de otros, cuando en un examen piden o copian la respuesta a preguntas que no saben o sacan el clásico “chivo”, o la de algunos profesores que con su actuar deshonesto, faltándole el respeto a su profesión y a ellos mismos “filtran” los exámenes y sus respuestas a cambio de dinero, negocio que, en algunos casos, se realiza con la aprobación paterna.

Sin embargo, dentro del fraude existen distintas variantes que, a veces, no relacionamos directamente con la palabra, pero forman parte de su esencia.

De mi lejana juventud recuerdo, dentro de las obras de la Literatura Universal que leí cuando era estudiante universitaria, recuerdo *La Divina Comedia* de Dante Alighieri que en la parte correspondiente al *Infierno* situaba en el octavo círculo a los fraudulentos, y si bien no hacía referencia a los estudiantes y profesores tramposos sí condenaba a estafadores, rufianes, aduladores, hipócritas, ladrones, charlatanes, calumniadores, simuladores, entre otros, cuyas almas eternamente sufrirían terribles castigos, pues los juzgaban como los más envilecidos.

Así, cuando en el agromercado el vendedor nos halaga para atraernos a su tarima con la falsa apariencia de que nos quiere ayudar en nuestra decisión y nos vende frutas, viandas, o carne ahumada a elevados precios y, lo que es peor, en ocasiones tratadas con productos químicos, sin importarle si el efecto tóxico puede perjudicarnos, estamos ante un gesto fraudulento, pues ya hemos sido engañados por una acción contraria a la verdad.

Existen los que justifican estas acciones, pues para ellos, “luchar” es una salida ante la situación económica existente, pero dónde queda la honestidad y el respeto por los otros, valores que no debemos olvidar.

Cuánto nos decepciona el comprobar, sin intentar generalizar, que ese funcionario que nos escuchó amablemente y nos prometió ayuda solo nos mostró una imagen falsa y simuladora, pues no era más que un farsante que al igual que otros también incurrió en una acción fraudulenta para aparentar lo que nunca será, ya que cuando salimos de su oficina olvidó nuestro reclamo o petición de ayuda ante problemas que solo él podría ayudarnos a solucionar. Somos engañados por la apariencia de la verdad, frase que no es mía sino del poeta grecolatino Horacio, pero que viene muy bien en situaciones como esta.

Cuánta pobreza espiritual hay en los que centran su éxito en la adulación a otros, ya que para algunos el oportunismo o guataquería, en buen cubano, es su carta de triunfo. En ellos también está presente el actuar fraudulento, pues al igual que en los estafadores se hace presente el lucro como fin y una actitud falaz, pues su acción es contraria a la verdad en muchas ocasiones.

A diferencia de lo que Virgilio, poeta y maestro de Dante y su acompañante del viaje que este hace por el *Infierno*, le dice a su alumno al preguntarle por los distintos pecadores condenados eternamente a terribles castigos, no debemos decir ante cualquier manifestación de fraude: “Mira y pasa”; así como permitir que las limitaciones materiales saquen lo peor de nosotros y nos hagan olvidar los valores que nos dignifican como seres humanos y que estamos obligados a mantener y legar a nuestros descendientes. Es por ello que someto a su consideración este pensamiento de José Martí:

Es necesario poner de moda la virtud.

